

## **CONFERENCIA "ALIANZA DE CIVILIZACIONES: CONSTRUYENDO UNA CIUDADANÍA EUROMEDITERRÁNEA" (Barcelona, 11 y 12 de noviembre de 2005)**

### **Prioridades y Propuestas Socialistas y de Progreso**

**Pasqualina NAPOLETANO, Vicepresidenta del Grupo Socialista del Parlamento Europeo**

Al examinar la política de cooperación euromediterránea, resulta ahora claro que el proceso abierto hace diez años en Barcelona ha supuesto un importante hecho político, pero también que sus resultados han sido muy inferiores a las expectativas abiertas.

Es nuestro deber tener en cuenta este balance crítico y tratar de definir nuevos horizontes y formular nuevas propuestas, con el fin de ofrecer una nueva oportunidad a esta política.

Para ello, conviene examinar con mayor profundidad algunos aspectos, pues no hay que olvidar que, desde hace 10 años, muchas cosas han cambiado en el mundo, tanto dentro como fuera de Europa y en toda la región mediterránea.

Querría concentrarme ante todo en el marco geopolítico de la cooperación, así como en el papel de la sociedad civil en el proceso.

Estos dos aspectos me parecen más importantes que los demás, ya que, al ser abordados, pueden aportar elementos dinámicos. En cambio, si seguimos ahondando en los ámbitos ya definidos para tratar de encontrar en ellos ideas nuevas, podemos caer en un círculo vicioso, que ésta es más o menos a la situación en la que estamos actualmente.

Hace diez años, la Unión Europea estaba formada por 15 países y los socios mediterráneos eran 8 países árabes (Marruecos, Argelia, Túnez, Egipto, Jordania, Autoridad Palestina, Siria, Líbano) e Israel, además de Malta, Chipre y Turquía.

Actualmente, la Unión Europea cuenta con 25 países y dentro de algo más de un año tendrá 27. Ya han comenzado las negociaciones de adhesión con Turquía y pronto comenzarán con Croacia.

La cooperación euromediterránea se reducirá en un futuro a la relación entre la Unión Europea, por una parte, y los 8 países árabes más Israel, por otra.

El diálogo «euro-árabe» está empezando a arrancar de nuevo; algunas de sus huellas pueden rastrearse, sobre todo, en los documentos finales del Consejo Europeo y hay quien piensa que esta dimensión podría sustituir al proceso de Barcelona, con el objetivo no declarado de excluir a Israel del proceso.

Tal hipótesis parece, sin embargo, agotada, especialmente porque entre tanto ha aparecido en la Unión Europea la política de vecindad, dirigida a los países vecinos del Este (Ucrania, Moldavia, Belarús), del Sudeste (3 países del Cáucaso, Georgia, Armenia, Azerbaiyán) y de la región mediterránea y Oriente Próximo, con excepción de los países del Golfo.

Los países de la cooperación euromediterránea quedan así integrados en la política de vecindad, con lo cual la dimensión mediterránea y la de vecindad serán en el futuro interdependientes. En tanto se haga esto realidad, los programas MEDA, pero también PHARE y TACIS, se integrarán

en el instrumento de la política de vecindad, cuyo reglamento define los planes de acción bilaterales y los instrumentos de la política transfronteriza.

Este somero marco revela que estamos evolucionando hacia un reforzamiento de la dimensión bilateral. Todos los elementos expuestos afianzan todavía más la urgente necesidad de desarrollar una visión que pueda dotar de sentido a tales acciones y, sobre todo, devolver el impulso y ofrecer un nuevo futuro al conjunto del proceso. Para ello, habría que considerar una zona geográfica ampliada que incluya los Balcanes, que deberían a su vez estar en condiciones de acelerar simultáneamente su proceso de integración en la Unión.

También sería prudente, por esta misma razón, que participasen desde ahora en un marco multilateral que pusiera el acento en la cooperación entre sí y con los otros países de la Unión, así como con terceros países. Estos países, sin embargo, temen tal perspectiva. De hecho, la idea que se ha abierto paso es la de que la simple participación en este marco implica un alejamiento del objetivo vinculado a la entrada en la Unión, aunque tal idea se vea abiertamente refutada por la evolución de Chipre y Malta, e incluso de Turquía, países cuya entrada en la Unión no ha visto obstaculizada por su participación en la cooperación euromediterránea.

El riesgo que se cierne es el de que la fragmentación de las diferentes políticas impida a la Unión, y sobre todo a los ciudadanos europeos, considerarse parte integrante de una zona más amplia que la actual y la futura Unión.

Esta dimensión podría denominarse «paneuromediterránea» y acogería tanto a los países del Este como a los del Sudeste y el Sur, y especialmente Libia y los países del Golfo.

Si consideramos esta zona como la zona geopolítica de referencia, la siguiente cuestión que se nos plantea es: ¿qué tenemos en común y qué queremos hacer juntos?

Uno de los objetivos es refutar la hipótesis del choque de civilizaciones y mostrar que, incluso dentro de la diversidad, es posible una alianza que descansa en valores compartidos y en intereses comunes; por ello, conviene definir mejor estos aspectos. Establecimos vínculos con los países del Este, antes de la caída del Muro de Berlín, que llevaron a la elaboración de la Convención Europea de Derechos Humanos (texto en el que se inspiró ampliamente la redacción de la Carta de los Derechos Fundamentales de la UE) y a la creación de instituciones como el Consejo de Europa y el Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo.

Tras la entrada de los 10 Estados de Europa Central y Oriental en la Unión, nuevos países, como los del Cáucaso y los Balcanes, se integraron en estas instituciones y en la OSCE. Existe, pues, un trasfondo común de referencia con una parte de los países vecinos, al menos en lo que se refiere a los derechos civiles y políticos. En los planes de acción negociados con estos países, es posible referirse a un sistema de valores comunes y, por consiguiente, fijar unos objetivos de progreso democrático y civil, en una relación paritaria y compartida.

En el caso de los países mediterráneos, el marco es mucho más débil. Se basa principalmente en los acuerdos de asociación, pero la cláusula relativa a los derechos humanos no ha resultado ser, al menos hasta la fecha, un instrumento eficaz. En las negociaciones relativas a los planes de acción, la Comisión Europea trata de seducir a los gobiernos ofreciéndoles concesiones estructurales y comerciales con el fin de obtener su acuerdo para determinadas reformas.

La eficacia de esta condicionalidad está todavía por demostrar, tanto más ante la duda de que el alcance de la intervención económica europea pueda ejercer alguna influencia en países que, en la mayoría de los casos, no son pobres, sino que padecen un reparto desigual de la riqueza.

Estos elementos contribuyen a explicar por qué la cooperación euromediterránea se ha centrado esencialmente en el libre comercio, al no contarse con la voluntad política, con los instrumentos

adaptados ni con los recursos adecuados para abordar políticas que puedan mejorar la calidad de vida de las personas, sus derechos y su dignidad.

No creo que sea útil detenerse en un examen de la cuestión ya antigua de la compatibilidad entre islam y democracia. El debate cultural y algunas experiencias concretas muestran que hemos superado con creces este falso dilema.

La cuestión es saber si estamos en condiciones de presentar —y es importante que la iniciativa parta de los socialistas europeos— sendas y experiencias centradas en el objetivo que hemos llamado, en nuestro manifiesto, «ciudadanía euromediterránea», entendiendo aquí por «Europa», no sólo la Unión, sino también los países europeos vecinos. La noción de ciudadanía, también en este contexto, debe incluir derechos civiles, políticos y sociales «indivisibles», pues sólo globalmente garantizan éstos la dignidad de la persona y no pueden ser considerados enfrentados entre sí, como se hace con frecuencia.

No lo lograremos siguiendo una senda tecnocrática, ni tampoco dejando estos procesos casi exclusivamente en manos de los gobiernos, tanto más cuanto que muchos de éstos son reticentes a la idea de una apertura democrática y a las reformas centradas en la mejora de los derechos humanos.

Por otra parte, es difícil imaginar que tales procesos puedan determinarse desde arriba si no hay al mismo tiempo un impulso desde abajo. Para ello se requiere un papel muy diferente de la política y un papel mucho más activo de la sociedad.

La sociedad europea y la de los países socios deben reforzar sus relaciones, fenómeno que resulta ciertamente infrecuente si excluimos a ciertas élites.

Este objetivo debería ser un elemento central de los programas europeos.

La creación de experiencias y de procesos reales permitirá además volver a dar un sentido propio a sugerentes eslóganes de los que tanto se abusa, como los de diálogo de culturas, encuentro entre religiones y alianza de civilizaciones.

¿Quiénes son, de hecho, las principales partes interesadas sino las propias personas?

Para no caer en la demagogia y el populismo, hay que señalar además que la noción de sociedad debe ser muy amplia y genérica. No es casual que hablemos de sociedad civil, es decir, de organizaciones que representan intereses civiles, sociales, religiosos, económicos...

Lo que caracteriza a una sociedad civil dinámica, evolucionada y pluralista es su carácter intrínsecamente democrático, su independencia de las instituciones y su autonomía con respecto a los poderes establecidos (partidos, gobiernos).

Estas características son muy infrecuentes en los países árabes, en los que cabe adelantar que la sociedad civil no existe.

No hay que olvidar que en estos países están presentes numerosas asociaciones y ONG: el tercer programa del PNUD sobre el desarrollo humano en el mundo árabe censa más de 130 000.

No puede haber una sociedad civil si en ninguno o casi ninguno de estos países hay libertad de asociación y de reunión, y si todas las autorizaciones deben emanar de las autoridades gubernamentales o policiales, o de ambas a un tiempo.

No es casual que el tercer informe del PNUD considere que la falta de libertad es una de las principales causas del bloqueo de estas sociedades.

Este mismo informe, así como otros estudios recientes, revela en cambio que las poblaciones de los países árabes aspiran con fuerza a la democracia y a una convivencia basada en las libertades y los derechos.

Existe, pues, un potencial enorme que es posible utilizar, empezando por las mujeres, que constituyen la parte más dinámica de estas sociedades, y los jóvenes, muy numerosos y penalizados en sus aspiraciones.

Se han observado algunos avances en los últimos años, como la constitución de una plataforma no gubernamental euromediterránea, que por primera vez ha designado a sus representantes mediante un procedimiento electoral, o la transformación del foro parlamentario en una auténtica asamblea parlamentaria euromediterránea.

En este contexto nuevo y más avanzado en algunos aspectos, el problema consiste en que cada cual dialoga con sus homólogos, sin establecer relaciones con las otras dimensiones. Por tanto, las posibilidades de influir sobre la realidad son escasas. Una de las paradojas del proceso de Barcelona es precisamente que no atribuye ningún papel a la sociedad civil, europea o mediterránea, en los procesos de toma de decisiones. En realidad, los gobiernos, que poseen la exclusividad del poder, dialogan con los gobiernos; los parlamentos, con los parlamentos; las asociaciones, con las asociaciones; los sindicatos, con los sindicatos...

Uno de los objetivos de nuestra conferencia podría ser la creación de un foro que permitiera a estas diferentes dimensiones empezar a comunicarse entre sí y esbozar algunos elementos de lo que llamamos ciudadanía euromediterránea.

Se trata de una cuestión urgente, a la vista de la situación de los derechos en los países mediterráneos, así como de los problemas recurrentes que plantea la inmigración, y sobre todo por la necesidad de conseguir un equilibrio entre la lucha contra la emigración clandestina y el respeto de los derechos humanos, dilema que se presenta también en la lucha contra el terrorismo.

Como se advierte, no se trata de que una orilla le dé lecciones de democracia a la otra. Se trata de hacer frente a temas comunes y es el banco de pruebas de lo que denominamos «alianza».

Este método permitiría asimismo establecer una auténtica Convención que establezca las bases de estos derechos de ciudadanía común en un espacio que no queremos que se limite exclusivamente al libre comercio económico. Ya he dicho que los derechos deben incluir los derechos sociales. Como socialistas europeos y mediterráneos, debemos conceder una importancia especial a esta dimensión, proponiendo acciones positivas que traten de aumentar los derechos y las normas sociales y favorecer el diálogo social mediante la creación, en especial, de un observatorio y la realización de un seguimiento que fomente y contribuya de forma natural al fortalecimiento de los interlocutores sociales.

Terminemos con el empleo. Si unas tasas de desempleo elevadas constituyen en Europa un verdadero drama social y revelan el fracaso de las políticas económicas, ¿qué decir de los países

jóvenes, en los que generaciones enteras no tienen la posibilidad de acceder a un trabajo y una renta?

El empleo debe ocupar el centro de la cooperación económica entre la UE y los países mediterráneos a través de la aplicación común de políticas como las de investigación, innovación y formación, con miras al logro de un desarrollo conjunto que aborde los verdaderos elementos de estas relaciones, a saber, la paz, la democracia, el progreso social y la protección del medio ambiente.

Si conseguimos avanzar en esta dirección, la alianza de civilizaciones dispondrá de objetivos e instrumentos y podrá convertirse en un auténtico programa político.

Es importante que estas propuestas procedan de la familia socialista, porque durante todos estos años hemos sido los más sensibles y los más activos en las relaciones con los países del Sur.

Este importante proceso se inició en Barcelona. Queremos partir de nuevo de Barcelona, para adelantar ideas que abran nuevas perspectivas y contemplen nuevos objetivos. Queremos dar las gracias muy especialmente a nuestros compañeros españoles, tan presentes en estos temas, y a nuestros compañeros catalanes, por su formidable acogida en una ciudad que se ha convertido en sinónimo de apertura y de diálogo. Ciudadanía y ciudad: un binomio importantísimo en el espacio euromediterráneo y sobre el que queremos basar la nueva fase de nuestro trabajo político.